

Organización del Turismo

por *Sebastián Salazar Bondy*

Una de las más importantes fuentes de recursos del Cuzco es el turismo. De un tiempo a esta parte, la ciudad, sus alrededores, sus ruinas y la belleza de sus paisajes atraen, como nunca antes ocurrió, a gran cantidad de turistas extranjeros, en especial norteamericanos. Basta revisar el registro del principal hotel de la ciudad para verificar el intenso movimiento de visitantes de que ella es escenario. En el grato albergue de Machu-Picchu está a disposición de los viajeros un grueso cuaderno en el cual ellos estampan sus impresiones. Este es otro testimonio de cuán honda repercusión tiene en la sensibilidad de los forasteros la grandeza de esta ciudadela pre-hispánica. Pero algunas de esas notas — “¡Tremendous experience!”, se lee frecuentemente allí — parecen referirse no sólo al impacto estético de aquellos muros, aquellos andenes y aquellos torreones, sino a las incomodidades que es inevitable afrontar para arribar al punto culminante de la gira.

Para un europeo o un norteamericano, efectivamente, esta visita debe constituir una “tremenda experiencia” en lo que respecta a los medios materiales con que se cuenta para realizarla. Por fortuna, los monumentos y el esplendor artístico que los hace incomparables compensan de todos los riesgos y las dificultades que sobrevienen a cada paso. Es verdad que el alojamiento es bueno, no obstante de que una gran cantidad de habitaciones se halla aún sin mobiliario y, por ende, no está habilitada para su ocupación, y a pesar también de que aquel refugio carece, por ejemplo, de calefacción precisamente durante los meses del crudo invierno serrano. Aludo al Hotel de Turistas, pues los otros que existen en el Cuzco son posadas más o menos amplias en las cuales los servicios carecen de la eficiencia que el turista suele exigir. Habría que atender, en primer lugar, a que el visitante, que procede de centros urbanos importantes y que está habituado por esa circunstancia y por razón de su clase social y de su situación económica a un tratamiento rápido y eficaz, fuera objeto de especiales atenciones, como ser las de una orientación cabal y completa con relación a los lugares que le deben interesar y las que atañen al cuidado de su seguridad personal e inclusive de su salud. Incrementar el turismo es multiplicar los beneficios que se desprenden del conocimiento universal de esa interesante región del país y también de los ingresos de divisas de que ella es fuente.

Fomentar el establecimiento de diversas compañías de turismo, controladas por una entidad oficial que vele por la leal competencia, a través del culto a lo auténtico y legítimo del carácter

y la historia cuzqueños, es una medida atinada. Esa entidad oficial no existe. La Corporación Nacional de Turismo, de tan lamentable memoria, estaba destinada a ese efecto. Fenecida ésta, el Touring y Automóvil Club, que ha heredado algunas de las atribuciones que le incumbían a aquel organismo, no es capaz de cumplir con los deberes específicos de una institución de tal índole. No hay una sola publicación seria sobre el Cuzco y sus riquezas arqueológicas y coloniales. Circulan unos folletos firmados por el señor Von Hagen — no más de una veintena de páginas, cuyo precio de venta excede los 18 soles—, bastante imprecisos y sumarios, y una guía bilingüe, muy pobremente impresa y bastante mal escrita, debida al noble empeño del doctor Humberto Vidal, ediciones ambas que son insuficientes como documentación orientadora para quien llega a la ciudad ignorante de su pasado y del valor de los restos que en ella se conservan. Librado a la dudosa versión de los hechos que le procuran los cicerones, el turista debe resignarse a conocer aquel complicado mundo de ignotos orígenes y legendarias historias a través de la casi nunca verídica relación de gentes preparadas mediocrementemente.

Es de sospechar que el turista regresa a su país natal con los ojos empapados de novedades, pero también resentido por las molestias. El viaje del Cuzco a Machu-Picchu, que se lleva a cabo en los vagones y autocarriles de la empresa estatal, no sólo es mortificante sino aun peligroso. De la estación de Santa Ana a la cumbre donde se encuentran las ruinas, la carretera es una incipiente trocha en las breñas, llena de curvas, en algunas de las cuales los pasajeros se ven obligados a descender y franquearlas a pie, pues el peso amenaza con lanzar al vehículo al abismo. Nosotros los peruanos, acostumbrados a tales trances, podemos disimular nuestra indignación, pero es lícito pensar que ese inglés, aquel norteamericano o el belga de más allá se prometen gozar de la aventura pero no recomendarla a los suyos cuando se halle de regreso en su hogar.

Si hay algo palpable, evidente, notorio, luego de visitar el Cuzco es que urge encauzar técnicamente el turismo. No tengo ninguna animadversión personal hacia el Touring y Automóvil Club — entidad que me parece cumple una plausible labor en otros campos—, mas considero que el fomento del turismo es una misión que le va demasiado grande. Se trata de toda una técnica al servicio del país, que requiere un preciso planeamiento, un personal idóneo y una dirección efectiva. Las deficiencias experimentadas en el Cuzco son índice de que se trata de una falla de organización imperdonable.